ESPECTRO Y EXISTENCIA

«La ficción no es realidad ficticia, sino que es realidad en ficción. Alojo en el momento de realidad física de las cosas contenidos que no pertenecen estrictamente a lo que son los contenidos de la realidad que tenemos.

La ficción no se mueve en una ficción de realidad, es decir, no es realidad ficticia, sino que es una realidad en ficción. Si se quiere emplear el término usual del *como si*, hay que decir que el *como si* afecta siempre y solo al contenido de la ficción.

Y, en efecto, si enunciamos el *como si* desde el punto de vista de Don Juan, diremos que Don Juan es lo que es, como si fuera real. Si lo enunciamos desde el punto de vista de la realidad, diríamos que la realidad es como si fuera donjuánica. En ambos casos, el *como si* afecta al Don Juan, pero el momento de realidad queda incólume, el momento de realidad física es el mismo.

Y es que, en efecto, en este momento de realidad, el carácter de realidad trasciende de todo contenido de una cosa determinada. La realidad, en cuanto tal, es inagotable.

Y, por esto, si yo tomo el carácter de realidad en cuanto tal, me queda abierto el ámbito de inagotabilidad donde el hombre construye constantemente osas, que no le están dadas en la realidad. Las ficciones son, por esto, realmente ficticias.

Hay un segundo tipo de irrealidad, que es distinto. El caso de Júpiter auriga, es decir, que se puede aparecer sobre la Tierra como un auriga. El docetismo, en la primera teología en la época apostólica, la metafísica de Vedanta, las presuntas apariciones postapostólicas, todo ello nos lleva a un dominio de lo irreal que es muy distinto del que acabamos de describir.

Y es que la cosa real puede manifestarse no en las notas que realmente posee de suyo, sino en otras que proyecta fuera de sí, como si fueran suyas, pero no siéndolo.

Estas notas quedan a distancia de la propia realidad, puesto que no la afectan y no la determinan. Por consiguiente, en cierto modo, entre las notas aparentes y la realidad hay una especie de oquedad –por lo menos en el orden metafísico, si no físico– y estas notas, proyectadas hacia afuera, en sí no son reales, pero tampoco son *notas* de algo que esté oculto de la

realidad, sino que en cierto modo se apoyan justamente en la realidad, pero sin afectarla determinadamente. Esta ambivalencia de las notas proyectadas por lo real, que por un lado no son la realidad y por otro lado envuelven una referencia a la realidad física que las proyecta, es justamente lo que llamaba *el espectro*.

Aquí el carácter de realidad se nos manifiesta como proyección de algo distinto y distante del contenido real: es lo que llamaba la oquedad del puro carácter de realidad. El carácter de realidad no solamente es inagotable, sino que es, además, en cierto modo, hueco.»

[Zubiri, Xavier: *El hombre: Lo real y lo irreal.* Madrid: Alianza Editorial, 2005, p. 41-43]

•

«Cuando Parménides nos ha dicho que el mundo de la dóxa (δόξα), que el mundo de la opinión de los hombres no tiene realidad ninguna, se pregunta uno, ¿y en qué consiste esa apariencia? Se han elaborado muchísimas teorías.

Pero, en fin, lo más elemental, a mi modo de ver, que habría que decir es que para un griego los diose se aparecen en la tierra; Júpiter, se aparece como auriga; Mercurio se aparece con un paraguas. Esta forma de aparecerse no es ilusoria.

Porque Mercurio con un paraguas se puede pasear por la tierra –y se pasea– independientemente de que alguien lo esté viendo. Por consiguiente, no se trata de una ilusión sensible.

Sin embargo, un griego no diría que Mercurio es realmente un humano con paraguas, ni que Júpiter es realmente un auriga. ¿Por qué? Porque esa apariencia no forma parte de él, no la tiene *de suyo*. Justo por eso no es totalmente real.

Y cuando las especulaciones del Vedanta nos dicen que este mundo no tiene realidad ninguna, que las cosas que más pesan en la realidad humana son puras ilusiones, no intentan negar las apariencias. ¿Cómo van a negar que lo que uno está viendo esté ahí?

Lo que quieren decir es, sencillamente, que no tienen realidad formal y propia, sino que tienen una realidad meramente espectral, como las apariencias de Parménides que, efectivamente, no son sino puntos de aplicación y maneras, formas que no competen *de suyo* a la realidad en que la cosas consisten, y que por no competerles *de suyo* no tienen última realidad formal.

Y que, precisamente por eso, no son reales –no en el sentido de que sean una nada en el sentido de no ser (οὐκ ὄν). Tiene una realidad meramente espectral. Esto es falso de hecho. Pero imposible metafísico no lo es en manera alguna. ¿Dónde está dicho que el mundo no pudiera tener una realidad meramente espectral por razón de su contenido?»

[Zubiri, Xavier: *El hombre y la verdad*. Madrid, 1999, p. 31-32]

•

«El animal se mueve, ciertamente, entre "cosas" que le están presentes, tanto más "cosas" cuanto más elevado sea su lugar en la escala zoológica. Pero estas cosas le están presentes siempre y sólo en forma afectante; son siempre y sólo unidades complejas de estimulación.

Su unidad y relativa estabilidad perceptivas se deben a lo que he solido llamar "formalización". [...] La pura "cosa-estímulo" se agota en la estimulación (actual, retardada, reproducida o signitiva); esto es, está presente, pero como mera suscitación de unas respuestas psico-biológicas.

En cambio, la misma cosa, aprehendida intelectivamente, me está presente, pero de un modo formalmente distinto: no sólo me está presente, sino que lo está formalmente como un *prius* a su presentación misma. Todo lo contrario de la "cosa-estímulo", que se constituye y agota en su pura presencia estimúlica.

La prioridad es lo que permite y fuerza a pasar del mero momento extrínseco de "ser aprehendido" a la índole de la cosa tal como es antes de su aprehensión. [...] Según suelo decir desde hace tantísimos años, la cosa me es presente como algo "de suyo". [...]

La cosa se actualiza en la inteligencia, se nos presenta intelectivamente, como siendo "de suyo" *antes* de estarnos presente. Y esto se ilustra incluso históricamente; hace más de veinte años escribía que la forma primaria según la cual la filosofía presocrática concibió (aquí sí que se trata de conceptos) las cosas reales como reales fue considerándolas como algo "de suyo".

Es lo que por tanteos dificultosos condujo después, sólo después, a la conceptuación de la φύσις [phýsis], de la naturaleza. Pero, repito, primariamente no se trata de concebir así las cosas, sino de enfrentarse aprehensivamente con ellas según la formalidad de realidad.

Realidad es ese "de suyo" de las cosas. No es, claro está, una definición, pero es una explicación. Toda explicación coloca lo explicado en una cierta línea. En el caso de la realidad ha solido colocársela en la línea de los conceptos. Aquí, en cambio, colocamos la realidad en la línea del enfrentamiento inmediato con las cosas. Y en esta línea, la realidad es el "de suyo".

Ante todo, realidad no es formalmente "naturaleza"; esto es, ser "de suyo" no consiste en tener principios internos operativos. Naturaleza es sólo un momento fundado en la realidad de la cosa; formalmente, realidad es siempre y sólo el "de suyo".

Ahora bien, algo puede ser "de suyo" de muchas maneras distintas. Todas envuelven, como momento intrínseco, la naturaleza. Pero, en primer lugar, no todo modo de ser "de suyo" consiste en ser sólo naturaleza; hay cosas

que son "de suyo" no sólo con tener naturaleza, sino teniendo además otros momentos (personeidad, etc.), unitariamente articulados con la naturaleza, de suerte que sólo en esta unidad de momentos es como son "de suyo". Por tanto, naturaleza es tan sólo un momento del ser "de suyo", pero nada más.

En segundo lugar, aun en aquellas cosas que son "de suyo" con sólo tener naturaleza, naturaleza no es sinónimo de realidad, de "de suyo". Naturaleza es siempre y sólo la manera como algo es "de suyo", pero no es primaria y formalmente el "de suyo" mismo.

Naturaleza, en efecto, no es sólo sistema interno de principios operativos de la cosa. Por el contrario, sólo cuando estos principios son intrínsecos en el sentido de competer a la cosa "de suyo" es cuando dichos principios son naturaleza. Es decir, el "de suyo" es anterior a la naturaleza y fundamento de ella.

"De suyo" tampoco coincide *formalmente* con existencia; es decir, tener realidad no es formalmente existir como contradistinto de ser inexistente. La idea de realidad queda centrada para la Escolástica en dos tesis: primero, lo real es lo existente en cuanto existente; segundo, lo real es *essentia* en cuanto connota aptitudinalmente la existencia. Ahora bien, tomadas como conceptos formales, ninguna de ambas tesis es formalmente exacta.

Ciertamente, todo lo inexistente es irreal y todo lo irreal es inexistente. Esto es innegable; pero no nos es suficiente. Porque lo que aquí buscamos es la razón formal de realidad. Y que la razón formal de realidad no sea simple existencia es cosa que se desprende ya de aquello que la Escolástica misma contrapone al *ens reale*, a saber, el *ens rationis*.

El *ens rationis* no es formalmente lo inexistente, sino lo inexistente concebido o fingido "como si fuera" existente. Esto lo vio claramente la Escolástica. Pero esto equivale a decir que el *ens rationis* tiene, "a su modo", una cierta existencia. Lo cual nos indica ya que la razón formal de realidad y de irrealidad se halla más bien en el *modo*, digámoslo así, de existir que en el mero existir. Y así es efectivamente.

Existir "solo" *intra animam* es el modo de existencia que consiste en tener existencia sólo objetiva en y por la intelección. Entonces existir "realmente" es el modo de existir que consiste en tener existencia "de suyo". Y esto se ve más claramente aún, si pensamos en otro tipo de "cosas" que no son formalmente *entia rationis* y que, sin embargo, no son reales.

Para los griegos, sus dioses aparecen entre los hombres en figuras diversas; por ejemplo, Júpiter, como auriga. ¿Qué tipo de realidad tiene Júpiter-aurita? Ciertamente, Júpiter-auriga no existe realmente; Júpiter no es realmente un auriga.

Pero para los griegos esta figura no es una ilusión subjetiva; esto no pasaría de ser una teoría de ciertos intelectuales. Si los hombres ven a Júpiter-auriga es porque Júpiter tiene esta figura y con ella se pasea por la tierra, aunque nadie lo esté viendo. Esta figura tiene, pues, a su modo, una cierta

existencia. Sin embargo, Júpiter-auriga no existe realmente. ¿Por qué? Pues precisamente porque la existencia de esta figura no compete a Júpiter como una existencia "de suyo". Sólo entonces existiría realmente el Júpiter-auriga. No es éste el caso.

El Júpiter real tiene una existencia "propia", la que tiene "de suyo", y que no es la del auriga. Ello prueba que la existencia no es, sin más, *formalmente* la razón de la realidad. Más que el existir, lo que constituye formalmente la realidad es el modo de existir: existir "de suyo". este tipo o modo de existencia que no es "de suyo" es lo que metafísicamente constituye el "aparecer", la "apariencia".

Júpiter no es realmente auriga, pero aparece como auriga, reviste la forma de auriga. Es el dualismo metafísico entre apariencia y realidad. Es un dualismo metafísico y no lógico ni psíquico. La apariencia es más que *ens rationis* y más que algo meramente "lógico", como, por ejemplo, el *Schein* de Hegel.

La apariencia es también algo más que ilusión subjetiva; cuando menos, no es forzoso interpretarla como ilusión subjetiva, incluso añadiendo que esta ilusión estuviera fundada *in re*. Y, sin embargo, no es realidad. Tampoco lo es la figura aparente tomada formalmente en y por sí misma, porque por ser apariencia no tiene existencia de suyo, sino una existencia "apoyada", por así decirlo, en aquello de quien es apariencia.

De aquí que, por un lado, parezca realidad, precisamente porque se apoya en algo que existe de suyo; pero, por otro lado, es, tomada formalmente en y por sí misma, perfectamente irreal. Esta ambivalencia de la figura aparente es lo que llamo "espectro" de realidad. Espectro es un concepto estrictamente metafísico.

Esta articulación metafísica entre realidad y apariencia es lo que, a mi modo de ver, nos da la clave para entender correctamente el Poema de Parménides. Las cosas que vemos, la "opinión" (δόξα), no es simple ilusión sensible; pero no es el "ser verdadero" (ὅν), sino que es la mera "figura" (μορφή) como "aparece", eso que Parménides, y todos los griegos después de él, llamaron ente (ὅν), que es el único que de veras "es", precisamente, diría yo, porque "de suyo" el ὅν es ser y nada más que ser.

Así, pues, si las cosas tuvieran principios que no les pertenecieran "de suyo", no tendrían ni naturaleza ni esencia real. Es el caso de muchas "cosas" en la mentalidad primitiva; las cosas serían meros "lugares" de presencia y acción de los dioses u otras realidades.

Correlativamente, la existencia de las cosas como mera figura o apariencia haría de ellas algo irreal. Es también el caso de muchas "cosas" de la mentalidad primitiva que no son sino "espectro" de los dioses o de otras realidades. Un mundo cuyas cosas no fueran sino "aparición" de la divinidad no tendría formalmente en sí mismo ninguna existencia real; sería un mundo espectral.

Por tanto, sólo cuando los dos momentos de esencia y de existencia competen a la cosa "de suyo" es cuando tenemos formalmente "realidad". El "de suyo" es, pues, anterior a esencia y existencia. Digamos de paso que esto es lo que, a mi modo de ser, permite entender correctamente ciertas especulaciones metafísicas de la India.

No se confunda aquí "de suyo" ni con lo *a se* ni con lo *per se*. *A se* es tener existencia por sí mismo; *per se* es la capacidad de existir sin necesidad de un sujeto. Pero "de suyo" es tener existencia en cierta manera *ex se*, tomada la cosa existente *hic et nunc*, es decir, sea cualquiera el fundamento de que exista, que es asunto distinto.

Así, pues, por lo que concierne a la existencia, la realidad consiste *formalmente* en el momento del "de suyo"; la realidad es en alguna manera anterior a la existencia misma.»

[Zubiri, Xavier: *Sobre la esencia*. Madrid: Alianza Editorial, 1962, p. 393-399]

•

«La realidad, en cuanto tal, está abierta, es la indefinición por sí misma. Está abierta a toda posible definición dentro de ella.

Desrealizamos por abstracción el contenido de lo real y elevamos lo abstracto a lo exacto. Justamente ésta es la idea, el tercer modo de irrealidad.

Ciertamente, hay otros modos de irrealidad, pero más que modos de irrealidad son modos como lo irreal se integra en la vida llamada real. Pero, precisa y formalmente, no hay más que tres tipos de irrealidad: el espectro, la ficción, la idea. [...]

Hay distintos modos de irrealidad. Lo cual quiere decir que la irrealidad no reposa nunca sobre sí misma sino sobre algo que llamamos la irrealización.

Y de esta irrealización hemos visto tres tipos:

1. El espectro. La realidad no se manifiesta en las propiedades que el competen *de suyo*, sino que se proyecta en otras, que no le afectan, y por consiguiente podemos decir que la envuelven, pero sin ser ella misma. La realidad está dentro del hueco de lo aparente. Es justamente la irrealización y en ella acontece la oquedad de lo real.

2. En la ficción la realidad queda destituida de todas sus notas y se obtiene así, en la realidad en cuanto tal, el carácter de realidad como algo inagotable, que permite naturalmente alojar no sólo las cosas concretas que, efectivamente, son reales, sino aquellas que construye el hombre libremente.

3. En la idea la realidad queda abstractivamente delimitada según unas notas, que se elevan a visión exacta y definida.

Pues bien, es fácil ver que en estos tres tipos subyace una misma estructura fundamental. Y, ante todo, se trata siempre y sólo de una irrealización. Ninguna irrealidad reposa sobre sí misma, sino que es resultado de un proceso de irrealización. En cambio, la realidad sí que reposa sobre sí misma. Ésta es la diferencia fundamental. Toda irrealización se apoya, pues, en una realidad.

Esta realidad no es una cosa, sino que es una pura formalidad, es un carácter.»

[Zubiri, Xavier: *El hombre: Lo real y lo irreal.* Madrid: Alianza Editorial, 2005, p. 59-61]

•

«La realidad no es sólo mera independencia objetiva, sino que además tampoco es existencia. Ciertamente nada real es inexistente, pero no es real porque es existente, sino porque esa existencia le compete "de suyo". Si lo aprehendido tuviera existencia y no la tuviera "de suyo", no sería realidad sino *espectro*. Lo mismo debe decirse de sus notas: no son reales sino constituyendo un sistema "de".

Una ficción no es un sistema de notas sin existencia, sino que lo fingido no solamente no tiene existencia, sino que tampoco tiene esencia física. El sistema es real no sólo por sus notas y por su existencia, porque tanto aquéllas como ésta pertenecen al contenido de la cosa aprehendida.

En cambio, el momento de realidad está constituido por la formalidad de alteridad del "de suyo". Realidad es formalidad de alteridad y formalidad del "de suyo". Existencia y notas con momentos del contenido. El momento de formalidad es algo anterior a existencia y a notas.

Y este momento es una formalidad física y no conceptiva, porque es un carácter de la apertura de lo real en cuanto real; la realidad es siempre física y formalmente respectiva.

Es un momento de la cosa intelectivamente sentida. Y por esto, este momento es formalmente inespecífico. Cuando aprehendo sentientemente varias cosas en un solo acto de aprehensión, aprehendo muchos contenidos distintos, pero en una sola impresión de realidad.

Realidad no es, pues, independencia objetiva ni es tampoco existencia. Mucho menos aún es algo que esté allende lo sentido. Ciertamente hay infinitas cosas allende lo sentido, pero estamos llevados a admitirlas, estamos llevados a ellas, por intelección sentiente de lo que es aprehendido "de suyo". Sus notas son por esto reales, pero esto no significa que sean reales "fuera" de la percepción.

Hacer de lo real, en la aprehensión de una cosa real en el mundo, algo allende la aprehensión, puede ser como ya ha sido millones de veces en la historia una grave forma de error. Realidad no es existencia allende la aprehensión. Aquende y allende son dos zonas de cosas reales, pero

realidad no es ni aquende ni allende. Realidad no es sino puro "de suyo", no es una zona de cosas. Por esto la división de cosas allende y aquende la percepción se funda en la impresión sentiente de realidad y no al revés.»

[Zubiri, Xavier: *El hombre y Dios*. Madrid: Alianza Editorial, 1984, p. 38-39]

•

«Pensemos el ejemplo que he puesto muchas veces de Júpiter que se aparece a los griegos como un auriga. Supongamos que hubiera aparecido como un auriga. Entonces diríamos que es una *apariencia*, una *aparición* en el sentido más estricto del vocablo. Una apariencia de Júpiter. Y decimos que es apariencia de Júpiter, porque los caracteres de auriga con que se presente Júpiter no le pertenecen de suyo. Justo ahí aparece la idea de la realidad. Júpiter tiene una forma suya propia, que no es la del auriga. La del auriga es algo distinto.

Puede pensarse que se trata de una ilusión. No es forzoso que sea una ilusión. Desde luego, los griegos no lo sintieron como ilusión, sino que lo sintieron como μορφή, como forma o figura. Porque nunca pensaron que Júpiter dejara de tener figura de auriga, cuando no hubiese nadie que lo viera. Sin embargo, en esos momentos no habría posibilidad de ilusión.

En alguna manera, Júpiter se pasea con su figura de auriga sobre la Tierra. Y, sin embargo, decimos que no es real, es una mera apariencia o aparición.

Ahora bien, ¿se quiere decir con esto que es un mero *no* de realidad? No; tampoco es verdad esto. Aparece aquí un segundo tipo de irrealidad.

Toda realidad tiene el carácter en virtud del cual *reifica*, o convierte en *res*, todo aquello que a la realidad adviene. Si un hombre o un objeto cualquiera que es real va cambiando de color, el color no tiene realidad más que por razón de la sustantividad a la cual ese color es adherente. Decimos por esto que la sustantividad *reifica*, hace *res* a todo lo que le adviene. Sí; pero lo que no está dicho en ninguna parte es que este modo de *reificación* sea unívoco.

El modo más obvio es el que acabo de citar: que efectivamente la cosa, ella, adquiere un color. ¿Es la única posible reificación? ¿No cabría precisamente un modo de reificación en que lo reificado no afectara determinadamente a la sustantividad que lo reifica, sino que, pura y simplemente, lo mantuviera en cierto modo a distancia para quedar como envuelta en lo reificado?

En este caso, la μορφή de auriga no sería una pura nada. Tampoco sería real en sí misma, puesto que necesita de la sustantividad que lo reifique. Pero no lo reifica como una propiedad suya –en cuyo caso sería una propiedad real de Júpiter–, sino que le da esa especie de realidad ambivalente, que es justo su irrealidad. Es lo que, en fin (algún vocablo hay que emplear), yo he denominado un *espectro*: una *realidad espectral*.

Algo que no es realidad en el sentido estricto del vocablo, que es una irrealidad –Júpiter no es realmente auriga, su figura de auriga es irreal– y que, sin embargo, no es puro *no*. La realidad lo reifica, pero lo reifica manteniéndolo en cierto modo a distancia. Aquí vuelve a aparecer de nuevo una diferencia entre el momento de realidad y su contenido.

Mientras en el caso de la ficción el carácter trascendental de lo real abre el ámbito dentro del cual el hombre va a inscribir ficticiamente, imaginariamente –como se quiera– los contenidos que no están en la realidad, con lo cual se constituye el ámbito de lo inagotable de la realidad, aquí tenemos algo distinto, tendríamos un ámbito caracterizado de otra manera.

Sería la constitutiva oquedad de lo real: la realidad no sería más que una cosa que está siempre allende justamente los espectros en que se halla envuelta y a la cual realidad física remite la μορφή.

Ahora bien, esto, que nos parece una disquisición, lo es sólo para la metafísica europea. Esa es la situación real y positiva de algunos vedantines, en el Vedanta.

El brahmán está dotado de una capacidad que es "maya". *Maya* significa un poder mágico que, en una especie de somnolencia mágica, va creando ese mundo espectral, puramente soñado –el mundo mágico– en virtud del cual creemos que las cosas son así, reales, cuando en realidad no hay más que una que es justamente el brahman, del cual lo demás no son sino espectros ilusorios. […]

Se puede decir que todo esto es una ilusión, una quimera. Sí, con toda seguridad. Yo creo que, de hecho, es falso. Ahora bien, imposible metafísico no lo es. ¿Dónde se puede dar una razón metafísica, a priori, especulativa, de que eso es imposible? En manera alguna.

De hecho, yo creo que es falso. Esto sí. Es cuestión aparte. Pero un imposible metafísico no lo es. El imposible metafísico es que no hubiera más que espectros, esto sería imposible, porque entonces ya no serían ni espectros. Pero esto no lo ha dicho ningún vedantín. Que no haya más que una realidad, de la cual toda la multitud de cosas no sean sino espectros, como lo sería el auriga para Júpiter, esto no tiene nada de metafísicamente imposible.

Alguna vez se ha cruzado por el pensamiento europeo, a propósito de un problema muy determinado, esta tesis, muchos siglos más tarde de que apareciera en el Vedanta.

Los primeros teólogos del tiempo de San Juan Apóstol que quisieron pensar en qué consistía la humanidad de Cristo fueron los docetas. [Secta herética que surgió en los primeros siglos del cristianismo. Su nombre proviene del griego "dokesis", que significa "apariencia" o "semejanza".] El docetismo afirmaba que Cristo tenía una humanidad solo aparente. Su cuerpo y su

alma eran meramente espectrales, eran la forma de la aparición del Verbo en Palestina. […]

La Teología no admitiría nunca que después de la Ascensión de Cristo al Cielo haya habido ninguna aparición de Cristo a ningún santo en la figura real que Cristo posee. En absoluto.

En toda aparición postapostólica la figura de Cristo en las apariciones solo tiene carácter espectral. La propia realidad de Cristo, como cuerpo glorioso, no ha sido objeto de aparición a nadie en la Tierra, después de la Ascensión, ni lo será, hasta el Otro Mundo. […]

Que lo real no tenga oquedad, sino que sea la compacción de una sustantividad, esta es una cuestión de hecho. Pero no sería imposible metafísicamente que careciera de ella.

Mientras que en caso de la ficción tenemos el contenido de la realidad en construcción por lo inagotable, en el caso del espectro tenemos la oquedad de lo real, en la que se proyecta a esta, justamente por proyección, un conjunto de propiedades. Ahora bien, la *ficción constructiva* y la *proyección espectral*, ¿son los dos únicos modos como el hombre tiene la irrealidad ante sí? No. Ni remotamente.

Junto al espectro y la ficción, tenemos la idea, que es el tercer tipo de irrealidad.»

[Zubiri, Xavier: *El hombre: Lo real y lo irreal.* Madrid: Alianza Editorial, 2005, p. 32 ss.]

•

«Para que haya realidad es menester esta remisión física a ese momento del *prius*, que como tal está ausente del mundo sensible o sensitivo del animal. La realidad no es algo oculto tras la afección. No es tampoco una especie de afirmación de una existencia.

Ni es el mero contenido de la impresión. Que la roca sea dura o blanda, esto lo perciba el animal igual que yo.

Pero no está dicho en manera alguna que lo que aquí llamo realidad sea precisamente existencia. De ninguna forma. Porque el concepto de *de suyo* se aplica no sólo a la existencia, sino que se aplica también a lo que tradicionalmente, por contraposición a existencia, llamamos la esencia.

No basta para que haya cosas, en el sentido de realidades, por lo menos de realidades que efectivamente estén dadas, con que haya unas cualidades que sean independientes del sujeto humano. Hace falta cuando menos que esas cualidades constituyan algo, que las posea la realidad, sea cualquiera su índole, por lo que ella es *de suyo* y no simplemente como momentos de mi afección.

Y lo mismo debe decirse de la existencia. En mi libro (*Sobre la esencia*, p. 397) puse el ejemplo del Júpiter-auriga. El dios se pudo aparecer como

auriga a los griegos. ¿Significa esto que Júpiter produce una ilusión en la mente de los griegos? No. En Aristófanes se pasea Mercurio con un paraguas, aunque nadie lo esté viendo.

¿Se va a decir entonces que Mercurio es un criado o que Júpiter es auriga? Realmente, no. ¿Por qué? No porque aquella indumentaria suya no tenga existencia, sino porque esa existencia no pertenece *de suyo* a lo que es Júpiter o Mercurio. Y ese modo de no ser nada o, mejor, de no ser existencia propia o realidad es justamente lo que llamamos *espectro*. Esto, bien entendido, no es ningún imposible metafísico.

Cuando aquí decimos que la realidad es algo *de suyo*, cualquiera que sea el ámbito a que esto se aplique y se extienda, *de suyo* no significa una calificación ni esencial ni existencial; significa que, cualesquiera que sean las cosas con todos sus momentos y la articulación de los mismos, estos pertenecen a la cosa *de suyo* y no se agotan simplemente en el momento afeccionante de la impresión. El carácter de realidad es una mera formalidad.»

[Zubiri, Xavier: *Sobre la realidad*. Madrid: Alianza Editorial, 2001, p. 26-27]

Impressum | **Datenschutzerklärung und Cookies**

Copyright © **Hispanoteca** - Alle Rechte vorbehalten